

Germana sonrió tristemente.

¡Ella excitar la envidia, cuando no debía inspirar más que lástima!

Por fin, la condesa se levantó; pero antes exigió a Germana una promesa.

—Quiero presentarte de nuevo en la sociedad —la dijo.

—¿Cuándo?

—Mañana, en mi palco, en la Opera.

—¿No temes comprometerte?—preguntó Germana.

—¡No! ¿Me lo prometes?

—¡Puesto que lo exiges!

—¡Mañana habrás descansado ya—dijo la condesa—y no vas á encerrarte en un claustro! La condesa salió.

Tan luego como estuvo sola la señorita de Roye, anotó en un tarjetero de concha, que tenía sobre la chimenea, estas señas:

«Santiago de Brandes, calle de Jacob, 20.»

Y levantándose para dirigir una mirada á los jardines, de los cuales desaparecía rápidamente el día, dijo con tono resuelto:

—¡Sucedá lo que quiera, es preciso! ¡Iré!

II

Vivienda de soltero

La condesa de Fresnense no se había equivocado.

Era efectivamente el baron de Brandes á quien ella había visto en la puerta cochera de una casa de la calle de Jacob, pero el baron no salía de su casa.

No tenía otra residencia más que su castillo, que se derrumbaba cada vez más, y sus medios no le permitían tomar casa en Paris.

Salía de la casa en donde estaba su sobrino Andrés de Fresnaye, baron también, pero más pobre que el otro, puesto que no poseía nada.

¡Error! Andrés poseía, en primer lugar, todo lo que poseía Santiago de Brandes, quien se hubiera quedado sin camisa por él, y además gozaba de ese bien que todos los millones de la tierra no podrían pagar: ¡la juventud! Tenía además la rectitud, la inteligencia, la voluntad y el ardor del trabajo, y á veces una cierta inclinación á los placeres.

¡Pero tan pasajera!

Andrés no era ya aquel niño de la infausta noche del 17 de diciembre de 1863.

Tenia veinticinco años y, por un sentimiento que le honraba, quería abrirse camino ayudado por su mérito personal y llegar á ser un hombre.

¿Qué camino?

La casualidad decidió su vocación.

En el convento de la Trapa, en donde el baron recibía sus lecciones de esgrima, del padre Anselmo, había profesado un médico célebre.

Andrés, muy joven aún, fué seducido por el encanto de aquel hombre, cuya reputación vive todavía en aquellas regiones semisalvajes, y á su salida del colegio se decidió por la carrera de medicina.

Desde hacía cuatro años trabajaba sin descanso y acababa de hacer oposiciones á una de las plazas de internos de los hospitales.

Era un buen mozo, de cabellos castaños, de negros y aterciopelados ojos, bien formado y de distinguidas facciones; pero con frecuencia le envolvía una sombra de tristeza.

Al día siguiente de la llegada del general y de su sobrina, á eso de las nueve de la mañana, se disponía Andrés á salir, cuando su tío Santiago de Brandes entró en su casa.

El alojamiento del estudiante se componía de dos piezas, de las cuales una, le servía de gabinete de trabajo y la otra hacía de dormitorio.

Aquellas piezas, situadas en un ángulo de la casa, daban sobre un jardín, que se extendía por aquel lado hasta los jardines de la calle Vizeonti y tenían una hermosa vista.

Se hubiera creído uno allí en un rincón de alguna pequeña aldea sepultada entre el follaje.

Las habitaciones eran estrechas, pero alegres. Los muebles escasos: una cama de hierro con dos colchones (ya explicaremos por qué este lujo) un armario de madera blanca para libros; una mesa cargada de libros y de papeles, dos ó tres sillas, de las cuales la más cara no había costado, de seguro, arriba de diez francos, y en las paredes, sencillamente sujetas por cua-

tro clavitos, grabados de anatomía. Dos yesos, de los cuales uno era el fac-simil de la Venus de Milo, que los italianos venden por todas partes y el otro un hombre sin piel, y por último el inevitable cráneo, de ojos vacíos y boca burlona, que constituye el placer de todos los estudiantes de medicina y á veces de los hombres pensadores.

Cuando uno es joven no necesita más.

¡Cuántos otros, más desgraciados viven peor y no tienen tanto aire ni tanto sol!

De los dos colchones, el uno era superfluo y constituía un lujo de sibarita, para un estudiante; pero tenía su razón de ser. El tío y el sobrino vivían en la más perfecta intimidad. Santiago de Brandes adoraba á Andrés, su hijo, tanto como el hijo de su hermana. ¿No había sido él quien había servido de padre al huérfano? Este cariño era la redención de aquel ser feroz.

El había educado aquel niño dejándole ignorar sus cobardías, sus odios, sus concupiscencias.

Se hubiera levantado la tapa de los sexos si le hubiera sido preciso confesar sus crímenes contra el honor, si el joven los hubiera sospechado tan solo. Santiago quería sus ternuras filiales, su cariño, su intimidad.

Santiago le había explicado el duelo con Roberto en dos palabras:

—»Me han insultado...»

Andrés por su parte, amaba á su tío por los cuidados, por el invariable cariño con que le había tratado desde su infancia.

Eran pobres. Andrés lo sabía. ¿No había sido testigo de los medios á que Santiago de Brandes había tenido que recurrir para proporcionarse algunos recursos, sobre todo, desde hacía poco tiempo?

Andrés estaba muy conmovido por los sacrificios del baron, quien se empeñaba para hacerle la vida soportable.

Pero el porvenir le pertenecía y contaba con las esperanzas, á menudo temerarias en su

edad, de hacer á su padre adoptivo el céntuplo de los servicios que de él recibía.

Así es que cuando el baron, abandonando sus bosques, iba á participar con él algunos días de su modesta estancia, era para él una festividad.

El tío y el sobrino vivían como compañeros.

Se deshacía la cama, y el colchon de reserva, tendido sobre una estera en la habitación, era un lecho delicioso para el aldeano indiferente á las duituras de la vida.

—¿Sales?—le preguntó el baron.

—Voy á buscar noticias.

—¿Estás intranquilo?

—¡Juzga! ¿Estoy ó no estoy admitido? ¡Es un gran negocio! ¡Interno!

—¿Esperas?...

—Tengo probabilidades. Si consigo plaza, no te seré gravoso más tiempo, porque tendré en el hospital casa y asistencia. ¿Marchas hoy?

—Esta noche.

—¿No puedes quedarte un día ó dos más?

—¡Imposible!

—¡Si yo te lo suplicara!

—Volvería.

—Enhorabuena.

Andrés abrazó á su tío con efusion y se lanzó á los corredores.

Santiago ordenó los muebles de las dos habitaciones, y poniéndose de codos sobre una de las ventanas, se puso á reflexionar.

En resumen, todo iba para él de mal en peor. Sus planes fracasaban miserablemente.

La suerte, al llevarle su hija, había derribado su edificio como un castillo de naipes. Hacía doce años que buscaba su huella con inútil obstinacion. Su olfato de cazador, su infatigable actividad, eran vanas. No retrocedía ante ningún gasto, por grande que fuese, aun cuando para él, dada su precaria situacion, los más pequeños gastos eran grandes sacrificios.

Bechard podía frotarse las manos.

El pobre barón habia caído entre sus encorvadas garras. Billete á billete, su deuda au-

mentaba y los pérfidos intereses crecían como la bola de nieve.

Con la depreciacion de las tierras, si Bechard se lo hubiera propuesto, Santiago se hubiera quedado sin nada.

El baron, sin embargo, no habia dirigido mal sus exploraciones. Habia registrado desde luego los alrededores de Cherbourg. Desde Coutances á Caen no habia dejado un castillo por explorar.

Después habia hecho lo mismo con la Bretaña. El Maine y el Anjou no le habian suministrado noticia alguna. Entonces se habia lanzado á sondear Paris, Lóndres y Bruselas, tanto como es posible sondear estos insondables abismos hervideros, por decirlo así, de criaturas humanas.

¡Esfuerzos inútiles!

Sin embargo, parecia fácil encontrar á una señora rica y anciana que no era presumible tuviese interés alguno en ocultar el generoso acto de la adopcion de las dos niñas.

La caza tiene de estas fatalidades. Se registra á veces, palmo á palmo, el bosque y el llano, buscando una liebre que no se encuentra, y el animal está escondido bajo una col de un jardín.

Desesperando llegar por sí mismo á un resultado favorable, y cansado de dar vueltas inútiles en busca de las niñas, se habia dirigido hacia seis meses á una agencia célebre, la casa *Blount Robineau y compañía*.

La agencia exigió seis mil francos para sus primeros gastos. ¡Dios os libre de esos *Tricoche* y *Casole* de las agencias!

Santiago de Brandes no era pródigo, ni sencillo, ni crédulo. Pero estaba desanimado y lo intentaba todo; se apasionaba en aquella lucha contra lo desconocido y no queria tener nada que echarse en cara.

Dió los seis mil francos.

En otros tantos aumentó la cuenta con Be-

chard. Es inútil decir que el baron no debía jamás volverlos á ver.

Aquella misma mañana le habia informado la agencia del resultado de sus diligencias, falsas ó verdaderas. En resumen: ¡nada!

Nadie habia conocido á ninguna millonaria que hubiese adoptado ó educado, ó patrocinado, á dos niñas recogidas por ella durante la guerra.

Aquello era para desesperarse del todo. Santiago de Brandes dejó caer sus robustos brazos á lo largo de su fornido cuerpo, desalentado. El padre criminal, era herido en el mismo sitio que la inocente madre.

La señorita de Roye lloraba por su hija, y hubiera dado toda su fortuna por encontrarla.

Santiago de Brandes habia comprometido la suya por encontrarla, aquella comodidad rural que le permitia vegetar libremente en su casucha, y despues de esto no podia ni aun vender á la heredera de los millones de Roye, á la madre violentada, el derecho de abrazar á la criatura que le habia robado para doblegarla y someterla á sus deseos.

Con la mirada errando por el espacio, se mordía los dedos de despecho, de cólera contra sí mismo, rabioso por su impotencia; de pronto miró á la calle.

A la puerta de la habitacion del portero, acababa de oír una voz de mujer que preguntaba:

—¿El señor de Brandes?

Santiago se quedó estupefacto no dando crédito á sus oídos.

Se creia juguete de una ilusion.

No habia oído aquella voz hacia algunos años y sin embargo la reconocia.

¡La señorita de Roye, su víctima, iba á buscarle!

¿Era esto posible!

¿Luego estaba en Paris? Debia ser desde la vispera, porque por la marquesa de Bresse la bella Laurencia, estaba al corriente de lo que

pasaba en el hotel de la calle de Grenelle y sabia que su ama no habia regresado.

¡Y sin embargo, era ella!

Germana estaba de vuelta y su primera visita era para él.

¿Con qué fin? No tardó en comprenderlo. Germana no podia ir más que á reclamarle su hija. ¿A qué condiciones no hubiera podido reducirla? ¡Ella estaba á su merced y el arma que él podia haberse procurado, le faltaba en el momento de servirse de ella! ¿Qué decirle? ¿Qué responderle?

Todas estas preguntas se agolpaban en su mente en desorden, durante el corto espacio de tiempo necesario á Germana para atravesar el patio y subir la escalera de la modesta casa á que se atrevia á ir.

Pronto oyó un ligero é incierto paso que se aproximaba.

La señorita de Roye, acostumbrada á los grandes hoteles, á las suntuosas moradas, se encontraba desorientada en aquel pabellon, en el cual, despues de haber subido la escalera, bastante ancha, de piedra blanca, y de desgastados escalones, que conducia al tercer piso, era necesario atravesar un largo corredor para llegar á la habitacion del estudiante.

El portero, ocupado en arreglar unas botas, habia contestado sin levantar la cabeza.

—Al extremo del patio, escalera de la izquierda, último piso, puerta del fondo.

Germana la buscaba, dudando, en la sombra de aquel corredor mal alumbrado, costándola trabajo encontrarla.

Por fin se decidió y llamó con suavidad en una de las puertas que pudo distinguir.

Aquella puerta se abrió en seguida.

No se cambió palabra alguna.

El baron se retiró á un lado para dejar pasar á la señorita de Roye, y cuando ésta hubo entrado, la ofreció en silencio una silla.

Germana examinó rápidamente y con gran sorpresa el sitio en donde se encontraba.

La desnudez de las paredes, el poco espacio, la ausencia de muebles, aquel papel ordinario, como el que se ve en las habitaciones de las criadas, la causaban una fría impresión.

—Este es el palacio de mi sobrino, el barón Andrés de Fresnaye, que estudia medicina para poder vivir—dijo irónicamente Santiago.

El parecía también dominado por una admiración más profunda aún.

Esperaba ver una mujer envejecida, de facciones ya cansadas, sobre las cuales hubieran impreso su estigma los sufrimientos del alma, y se encontraba enfrente de una Germana soberbia, en todo el esplendor de una belleza perfecta, sorprendente, más seductora, más encantadora que aquella Germana que le había hecho perder la razón hasta el punto de inspirarle el crimen, cobarde y deshonesto, que había cometido para conseguirla.

Hubo un momento de silencio entre los dos; pero parecido á esos segundos de silencio durante los cuales se observan los duelistas, buscando el sitio en donde van á herir.

La señorita de Roye fué quien lo rompió.

—Comprendereis por qué vengo—dijo con voz ahogada, en la cual se notaba la emoción que la embargaba en presencia de aquel hombre que traía á su memoria tantas vergüenzas y tantas penas sufridas.

Santiago se inclinó sin contestar. Había retrocedido hasta la pared, cerca de la cual permanecía de pie, devorando con los ojos aquel rostro de un tinte mate, que le causaba vértigos de león, á la vista de una presa manchada de sangre; aquellos oscuros cabellos que servían de cuadro al marfil de la tersa frente de Germana, bajo la cual, sus ojos, de un azul de zafiro, se abrían extraordinariamente para mirarle frente á frente.

—Hasta estoy segura de que me esperabais—añadió.

—Hace mucho tiempo que os espero.

—Hace bastantes años—continuó Germana—

di á luz una niña en Jersey, y debí aborrecerla por su padre. Esta niña me fué robada; ¿conocéis al autor de tan odioso robo?

—Le conozco.

—Ese hombre tenía sus propósitos. No fué por amor á esa niña por lo que la robó.

—Tal vez.

—No. El fundaba en aquel crimen una esperanza de fortuna. Entonces soporté aquel robo con cierto valor. En aquel tiempo, el odio que profesaba al padre contrabalaceaba el amor que podía tener por la niña, y además, la esperanza de una unión que me lisongeaba y parecía ponerme al abrigo de las contrariedades, era una compensación á las penas que sufría. Gracias á vos lo he perdido todo. Me he resignado, el tiempo y el alejamiento han cicatrizado mis heridas; pero por un fenómeno extraño, á medida que el otro cariño se borraba de mi alma y casi de mi memoria, el de la niña perdida ocupaba su puesto y aumentaba cada día. Hoy él es el único que me queda. Ya veis que soy sincera. El hombre que me ha robado mi hija, lo ha hecho para vendérmela. Ese hombre sois vos. Podemos entendernos. ¿Cuánto?

El barón cerró los ojos como si hubiera recibido un terrible golpe.

—¡Ah! ¡Me despreciais demasiado!—dijo.

Germana repitió:

—¿Cuánto?

—Valgo más que vos creéis. No quiero dinero.

Germana hizo un gesto de impaciencia.

—Me he informado;—le dijo—estais más pobre que nunca. Se habla de vuestras deudas en el país. Agotais vuestros últimos recursos para la educación y carrera de ese joven, en cuya casa estamos. Os habeis empeñado por yo no sé qué empresas... ¿Estoy bien informada?

—No puede estarse mejor.

—Luego debéis desear una fortuna, si no por vos, que tal vez tengais bastante carácter para pasaros sin ella, al menos por ese joven, educa-

do por vos, y que os ama... ¡sin duda porque no os conoce!

Santiago reprimió un estremecimiento.

Germana tocaba la fibra sensible de aquella alma feroz.

El desprecio de Andrés, que le llamaba padre, hubiera sido su más cruel castigo.

Germana continuó con tono mordaz:

—Me hareis la justicia de que no empleo subterfugios. Os hablo con franqueza... Yo quiero esa hija. Si vuelvo á Paris, si renuncio á la vida errante que llevaba, es porque por todas partes estoy perseguida por la vision de mi hija como por una horrible pesadilla. ¡Sólo ella es quien me atrae! La necesito... Podeis hablarme sin temor. Vengo á ofrecer os esa fortuna que vos debéis ambicionar. Os la traigo. Con una palabra podeis fijarla. Con una firma os la doy. Cualesquiera que sean vuestras condiciones, á menos que las estipuleis insensatas, imposibles, las acepto desde luego. Hablad.

El baron se clavó las uñas en la cabeza.

—¿A qué extremo no se hubiera sometido una mujer que se expresaba con tal calor, y á quien se veía dominada por una emocion que no se cuidaba de disimular?

—Vuestros criados os han informado bien—dijo Santiago con ronca voz.—¡Si, estoy arruinado, completamente arruinado! ¡Era pobre, soy miserable! Mis bienes, que me bastaban para poder vivir como un aldeano, estan empeñados por todo su valor...

Vos teneis vuestras penas... y tengo las mias. Amo á Andrés, al hijo de mi hermana, y hubiera querido darle la fortuna que me ha faltado; pero no recibíendola de vos como una limosna arrojada á un mendigo, ó un rescate ofrecido á un salteador de caminos. Vuestras proposiciones me hieren y me insultan. ¡Por criminal que sea para con vos, por grande que sea la cobardía que he cometido, esa hija que quereis, esa criatura, que es mia como vuestra, no es con dinero como la rescatareis! ¡No, os lo aseguro!

¡Toda vuestra fortuna no bastaria para pagarla!

—¿Qué quereis, pues?

—¿Os es tan infiel vuestra memoria?...

Los labios de Santiago temblaban con una extraña emocion. Sus inyectados ojos se fijaban en la pálida y hermosa fisonomia de aquella mujer á quien él habia poseido.

Una pasion furiosa chispeaba en sus miradas.

Dió un paso hacia Germana.

Esta no se movió. Sacó del bolsillo una pistola y se oyó el golpe seco que produjo el gatillo al montarlo.

—Ya veis—dijo con frialdad—que no soy la joven confiada de otros tiempos.

Santiago se encogió de hombros.

—Matadme—replicó;—atreveos. ¿Quién os daria la clave del secreto que quereis comprarme? Perceceria conmigo, y vos moririais desesperada.

—Es verdad—dijo Germana.—Hablemos del asunto como dos extraños. No mezcleis insinuaciones de amor, de un amor horrible, infame, á cuestiones de interés, y tened cuidado, porque la ocasion pasa y no vuelve. Me cuesta mucho trabajo llegar á esta humillacion: pedir gracia al hombre cuyo solo recuerdo me produce un estremecimiento de horror y reaviva todos mis sufrimientos. Una vez que salga de aqui, ya no será á vos á quien recurriré. Esta suma que os ofrezco se la daré á otros. Pondré en movimiento al universo entero, si es preciso, para encontrar á mi hija. ¿En donde está? ¿En que manos la habeis entregado?

—¿Quereis saberlo?

—Si.

—¡Es educada como la hija de un pobre! Ignora completamente quiénes son sus padres. Vive con una familia miserable que no conoce su origen. Crece y está hermosa como el dia.

El baron mentía. El no sabia ni aun si Juana vivia, pero queria precaverse para el porvenir y devolvía al corazon de la madre las heridas que ella le habia inferido en su orgullo.

Calculaba sus golpes con una habilidad feroz. Cada uno de ellos penetraba como un dardo en aquella alma que desde hacía mucho tiempo no era más que una viva llaga.

—¡En verdad—dijo Germana—que es odioso lo que hacéis, cien veces más odioso que vuestras cobardías pasadas! Que me tortureis el corazón, á mí, á una mujer, para saciar un odio innecesario; para arrancarme no sé qué sacrificio superior á mis fuerzas; para obligarme á olvidar el ultraje sangriento que hubiera debido vengar haciéndoos matar á cualquier precio—¿creéis que este desquite hubiera sido imposible?—ó levantándoos yo misma la tapa de los sesos; que os encarniceis con la madre, como una manada de lobos con su presa, lo comprendo; ¡encontrareis razones para excusar, para justificar esta inexplicable ferocidad! ¡Pero que vos, el padre de esa niña inocente, hayais hecho de ella una segunda víctima; que la hayais privado de los gozos de la infancia, de las felicidades de esa edad de las ilusiones—la única edad risueña de la vida, porque en ella se ignoran las infamias de que el mundo está sembrado!—que despues de haber hecho que tenga una juventud llena de privaciones y de disgustos, la dejéis expuesta á las tentaciones de la miseria, á las irreparables caídas en los lodazales de la corrupción; que la voz de la sangre no ahogue en vos todas las demás y hable más bajo que vuestro odio, vuestra concupiscencia y aun que ese amor, cuyo nombre osais pronunciar, hé ahí el crimen, indigno de perdón, lo que os valdrá ser condenado en la eternidad.

Germana se detuvo, miró á Santiago con indecible expresión de amenaza y añadió exasperada por el silencio del barón:

—Vamos á ver, ¿sois un hombre de carne y hueso! Debeis tener un punto vulnerable, una fibra que se pueda conmover. ¿Cuál es? Hablad, quiero mi hija. ¡La quiero á todo trance! ¡Bien lo veis, puesto que vengo á pedirlos á vos! ¡Devolvedmela! ¿Qué exigís?

—¿No os lo he dicho ya?

Germana se retorció las manos de desesperación.

—¡Ya sabeis que yo no cambio!—añadió Santiago con frialdad.

—¡Eso es una locura!—dijo Germana.

—Habeis hablado de precio, Germana; pues bien, ¡el precio sois vos! ¡solo vos!

—¡Yo!

—¡Vos, no por una hora, no por un dia, sino por toda la vida!

—¡Dios mio! ¡Eso es una demencia! ¡Sois un insensato!

—¿Soy yo quien os suplica? ¿He ido yo á buscaros? ¿Os he pedido yo nada? Guardad vuestra mano! Yo guardaré mi secreto.

—¡Santiago,—repuso Germana,—lo que pedis es un imposible! ¿Me pertenezco á mí misma?

—Palabras! Volvereis á ser libre cuando queráis. Hice mal en no concluir con Roberto,—añadió con amarga sonrisa;—es una falta! pero la ley os dá armas más seguras que las mías, usad de ellas.

—¡Ah!—balbució Germana agobiada por la ironía de aquellas palabras,—sois cruel.

—Y vos,—dijo Santiago á su vez—¿no me dais el ejemplo? ¿Qué venís á hacer aqui sino á abrumar con vuestros desprecios al hombre cuya mayor desgracia ha sido amaros hasta el crimen! ¿No sabeis el fuego devorador que deslizais en mis venas! ¡Ah! Me hablais de angustias y de tormentos, á mí, que no tengo ante mí vista más que vuestra detestada y encantadora imagen! ¿Por qué no teneis en cuenta mis sufrimientos, vos, que me haceis enrojecer de vergüenza con vuestras insultantes ofertas y escitais en mí devoradores deseos, exponiendo á mis ojos vuestra belleza, más embriagadora que los narcóticos orientales? ¿Me acusais de infamias, de crueldad, de concupiscencia! ¿Qué me importa! Nada sé, nada quiero saber, sino que os adoro y que me despreciais! ¡que os amo y que me aborreceis! ¡Sufriendo por vos, me

vengo y sufris por mí! ¡Mis condiciones? Os las he dicho ya. Serán las mismas eternamente. El día en que Roberto de Beaulieu, á quien yo creía herido de muerte, estaba tendido sobre la yerba, entre vos y su padre, las oísteis. ¡Sois libre! Elegid.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Germana desesperada, —estoy ya cansada y resuelta á todo para obligaros...

—¡Amenazas?...

—No me costará obtener lo que quiero.

—¡Os espero! Obrad como gustéis! ¡Pero tarde ó temprano, Germana, cuando hayais reconocido la inutilidad de vuestros esfuerzos, volveréis á mí!

—¡Adios, y que la sangre y las lágrimas que se derramen, caigan sobre vos!

—Adios, no—dijo Santiago moviendo la cabeza—hasta la vista!

—¡Adios!

Germana salió y empujó la puerta con violencia.

Santiago oyó el frú-frú de la seda del vestido de Germana en el sombrío corredor, y cayó sobre la silla que acababa de abandonar.

Enjugó sus sienes húmedas por el sudor.

—¡Tiene razon—pensaba,—soy un miserable! ¡Y no puedo nada contra ella! ¡Daria diez años de mi vida por una huella, por un indicio!

Un ruido de pasos se aproximó rápidamente y la puerta se abrió.

—¡Admitido, padre!—esclamó Andrés precipitándose en los brazos del baron.—¡Victorial

—¡Interno!

—¡Si! Un principio de fortuna,—dijo el joven.—Cuarenta francos mensuales, como los cocineros, mesa, habitacion y enfermos á quienes cuidar por cientos. ¡El paraíso para un sabio en ciernes! ¡En fin, el pié en el estribo!

De pronto se interrumpió.

—¡Diablo!—dijo.—¡Huele bien aquí! ¡Perfume de mujer! ¡Tú has recibido alguna visita!

—Si.

—¿Sin duda la señora que he encontrado?

—¿La has conocido?

—No, llevaba la cara tapada con un velo y se deslizó en un coche.

Y añadió con esa frescura de la juventud:

—¡Siento no haberla visto la cara! El talle era encantador.

—¿Piensas marchar hoy?—dijo á su tio con tono de sentimiento.

—Esta noche.

—Entónces no hay tiempo que perder. ¡Es preciso almorzar!

—¡Vamos! y por una sola vez—dijo el baron,—te pago una orgía...

—¡Oh! ¡oh!

—Para celebrar tus laureles. ¡Interno!

—¿No es nada eso?—dijo alegremente Andrés.

—Oye, padre, te aseguro que mis ambiciones son muy limitadas y que este primer triunfo, por pequeño que sea, regocija mi alma. Y además, el tiempo está soberbio, hermosísimo; el mes de mayo se aproxima... ¡Tú estás triste!...

—repuso examinando la cara de su tio.—¿Qué es lo que tienes? ¡Malas noticias? ¡Es esa mujer quien te las ha traído?... ¡Es gracioso eso, una mujer hermosa que trae malas noticias! ¡Porque debía ser hermosa! Eso se adivina... ¡Tú la conoces, puesto que ha venido á verte!

—Sin duda.

—Dispénsame si soy curioso... ¿Su nombre?

—Si ella muriera súbitamente, sin tener la precaucion de arreglar sus asuntos, Andrés, tú serias quince veces millonario...

—¡La señorita de Roye!...

—La misma.

—¡Está, pues, en Paris!

—Si... desde ayer.

Andrés añadió:

—¡Qué hermosa era antes!

Andrés se acordaba del beso que Germana le habia dado, la mañana del día en que ella abandonaba la casa de Santiago, despues de la si-nuestra noche del 17 de diciembre.

Hacia de esto mucho tiempo.

Varias veces antes había visto á la joven en compañía del general de Tréville. Esto era en él un recuerdo vago, como una cosa que había desaparecido hacia mucho tiempo.

Después Germana no había vuelto. El día de su boda había ocurrido un misterioso acontecimiento; un duelo, á consecuencia del cual habían llevado á su tío Santiago de Brandes gravemente herido, mientras que la noticia de la muerte del novio, casi del marido, de Germana, había circulado por los alrededores.

Más de una vez desde su infancia, la imaginación de Andrés se había ocupado de aquellos extraordinarios accidentes, procurando explicárselos, pero no lo había conseguido.

Roberto se había curado con el tiempo con mucho trabajo, después de muchas alternativas de recaídas y mejorías, pero sin recobrar jamás completamente la salud, el vigor de su juventud.

Por otra parte, la señorita de Roye no había vuelto á aparecer ni aun en París. Se decía, que viajaba por el extranjero; que había renunciado á Francia, á causa de una serie de penas y de decepciones.

El castillo de los Essarts permanecía cerrado, sin dueños, abandonado al administrador y á los guardas.

Había con todo esto motivo para llamar la atención de un niño y, sobre todo, la de un joven.

Así es que al saber el nombre de la mujer que había visitado á su tío, Andrés había experimentado una viva inquietud, causada por la curiosidad.

¡Santiago de Brandes había tomado parte en aquel drama, puesto que se había batido con el vizconde de Beaulieu, y á él era á quien Germana, después de tan larga ausencia, hacia su primera visita!

¡La cadena del pasado, rudamente rota, se reanudaba!

¿Por qué? ¿Qué papel había jugado Santiago de Brandes en aquel asunto?

Y el baron estaba pensativo—esto era visible—¡más que pensativo, triste! Por esfuerzos que hizo sobre sí mismo no pudo conseguir desechár el desaliento que se reflejaba en su rostro.

Andrés, por distraerse, se fué á su habitación pensando en esto. Se puso á arreglar los papeles en la mesa, á colocar sus libros en un estante de álamo, pero únicamente por entretener algunos minutos y dar á su tío tiempo de reponerse.

Cuando volvió á su lado, Santiago estaba abatido, sentado en la silla que había ocupado la señorita de Roye.

El estudiante se puso delante de él.

—Es de dinero de lo que se trata,—le dijo sonriendo,—lo juraría. ¿Tienes muchos disgustos respecto á eso! ¿No es verdad?

Santiago levantó la cabeza.

—Muchos—le contestó, feliz de aquella explicación.

—No tengas cuidado—repuso Andrés.—Verás cómo llegamos á ser ricos. ¡Oh! ¡no tanto como la señorita de Roye! Pero ¿necesitamos nosotros su fortuna? ¿Es ella más feliz por poseerla? Yo ganaré dinero. ¿Quién sabe si llegaré á ser uno de los príncipes del bisturí, un Dupuytren, un Pean, un Anger y todo lo mejor que hay en medicina! ¡Trataré á sultanes y nababs! ¡Operaré á las reinas de la moda y á los reyes de la banca! ¡Ya verás! ¡Vamos á almorzar! ¡Interno no es nada y lo es todo! ¡Es el primer billete de mil francos de una fortuna, la primera victoria de una campaña!

El baron se alegró.

—¿Cuándo será la segunda?—dijo.

—Ya verás, ya verás—repitió Andrés.—¡Y es tan bueno el dinero ganado; al menos eso me parece á mí! ¡Mira padre, ese será el fin de las miserias de la familia! ¡Tú has hecho que yo

pase una juventud feliz! Yo haré que tus últimos días sean prósperos y tranquilos!

Andrés reía con su sonrisa tierna y melancólica.

Los aldeanos de Brandes y los leñadores de la Perche, le querían por su franqueza, por su buen corazón.

Decían de él estas palabras, cuyo valor se comprende con solo haber oído una vez el tono con que eran pronunciadas por los aldeanos de la Perche ó de la Normandía:

—¡El señorito Andrés no es orgulloso!

Lo era en el fondo, pero con la ternura particular que profesan las almas superiores á los desheredados de este mundo, á los seres encorvados por el trabajo y obligados á ganar el pan cotidiano con el sudor de su frente, arrancándolo de las entrañas de la tierra.

Tenía un corazón generoso, y su rostro ostentaba el sello de las cualidades que hacen á los hombres justos, honrados, valientes en la lucha por la existencia, y que constituyen, en suma, la verdadera nobleza.

Era hermoso por sus oscuros, abundantes y finos cabellos, arqueadas cejas y aterciopelados ojos; por su recta nariz y fino y oscuro bigote; mucho más hermoso por el óvalo de su rostro, su bien formado talle, sus robustas formas, su juventud y su elegancia, y sobre todo porque no presumía de sus cualidades físicas y porque carecía por completo de ese desagradable defecto que se llama fatuidad.

Santiago de Brandes, conquistado por la comunicativa alegría de Andrés—la alegría del primer triunfo—se levantó, bajó la escalera de piedra, y cuando estuvo en la calle, dijo á su sobrino:

—¿Adónde vamos?

—A un *Bouillon* de allá arriba—replicó el estudiante.—¿No me has dicho que... *rociamos*?...

—Tus laureles, convenido.

—¡Descontemos nuestros beneficios futuros!

Pasaron los puentes, y siempre cogidos del brazo, llegaron al Palais-Royal.

A las doce en punto entraban en el restaurant del pasaje de los Príncipes.

Todo el mundo conoce aquella Alhambra de la gastronomía que conserva toda su fama.

Estaba lleno.

Solo un sitio quedaba libre en el fondo, uno de los cuartitos, cerrados por los dos lados por tablas, que no permiten verse de una mesa á la otra.

El estudiante y el baron se posesionaron de él.